

*Fecha de entrega: 20 de noviembre de 2009*

*Fecha de aprobación: 22 de febrero de 2010*

# **CAUDILLISMO Y FRAGMENTACIÓN TERRITORIAL DESPUÉS DE LAS REVOLUCIONES DE 1810: LA “EXPEDICIÓN AL DESIERTO” DE JUAN MANUEL DE ROSAS (1833-1834) A LA LUZ DE LA TEORÍA HISTÓRICO-GENÉTICA DE LA CULTURA**

**LEADERSHIP AND TERRITORY DIVISION AFTER THE REVOLUTIONS OF 1810: “THE DESERT EXPEDITION” FROM JUAN MANUEL ROSAS (1833-1834) IN THE LIGHT OF THE HISTORICO-GENETICAL THEORY**

*Federico Benninghoff Prados\**

## **Resumen**

La abundante bibliografía sobre el caudillismo parece haber relegado a un segundo plano el problema de la lógica espacial subyacente a la movilización político-militar de la primera mitad del siglo XIX en Hispanoamérica. A la luz de la teoría histórico-genética de la cultura, el presente artículo se propone analizar los medios de orientación geográfica de los que se sirvió la “expedición al desierto” de Juan Manuel de Rosas, con la convicción de que el análisis de la representación y la cognición del espacio puede contribuir decisivamente a la comprensión de la fragmentación territorial que caracterizó a la región después de las guerras de independencia.

---

\* Departamento de Historia y Sociología, Universidad de Konstanz, Alemania. El presente artículo hace parte de la investigación doctoral del autor, financiada por la Fundación Konrad Adenauer y el programa “Young Scholar Fund” de la Universidad de Konstanz. La correspondencia relacionada con el artículo puede ser enviada al correo electrónico del autor: [Federico.Benninghoff-Prados@uni-konstanz.de](mailto:Federico.Benninghoff-Prados@uni-konstanz.de)

## Palabras clave

Caudillismo, cognición del espacio, teoría histórico-genética, expediciones militares al “desierto”.

## Abstract

Within the abundant literature on Caudillo rule in Latin America, the problem of the spatial logic of political and military mobilization during the first half of the 19<sup>th</sup> century has remained in the background. In the light of the historic-genetic theory of culture, this article examines the means of geographical orientation that were available to Juan Manuel de Rosas during his “expedición al desierto”. The analysis of the representation and cognition of space could provide new insights to account for the territorial fragmentation that followed the wars of independence.

## Keywords

Caudillo, cognition of space, historic-genetic theory, military expeditions to “the desert”.

## Introducción

De camino al exilio y gravemente enfermo, Simón Bolívar le dirigió al general Juan José Flores en el año de 1830 la que quizás sea su carta más conocida. En ella Bolívar le expresaba abiertamente su profunda desilusión, al por entonces presidente de la recién creada República del Ecuador:

Vd. sabe que yo he mandado veinte años y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos: 1º) La América es ingobernable para nosotros. 2º) El que sirve una revolución ara en el mar. 3º) La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. 4º) Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas. 5º) Devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos. 6º) Si fuera posible que una parte del mundo

volviera al caos primitivo, éste sería el último periodo de la América...<sup>1</sup>

El amargo pesimismo de Bolívar no era gratuito ni mucho menos retórico: si en 1825 se había definido a sí mismo como “el hombre de las dificultades” en una carta al general Francisco de Paula Santander, en su último año de vida bien habría podido declararse “el hombre de los continuos reveses de fortuna”: a la rebelión de José Antonio Páez en Venezuela, que dio al traste con el proyecto político de la Gran Colombia y condujo a la dimisión de Bolívar como presidente, siguió el asesinato de su protegido, el mariscal Antonio José de Sucre, aparentemente por encargo de fuerzas secesionistas. Una recaída definitiva de tuberculosis le impidió tomar el camino que había llevado al otro gran libertador de la América del Sur, José de San Martín, a un exilio permanente en Europa. Tras un último

1 Bolívar a Flores, Barranquilla, noviembre 9 de 1830. En Wikisource: [http://es.wikisource.org/wiki/Carta\\_de\\_Bolívar\\_al\\_general\\_Juan\\_José\\_Flores\\_\(1830\)](http://es.wikisource.org/wiki/Carta_de_Bolívar_al_general_Juan_José_Flores_(1830)). Documento consultado por última vez el 20.11.2009

viaje por el río Magdalena lleno de titubeos, esperanzas y desengaños sobre la salvación a última hora del proyecto grancolombiano, la muerte lo sorprendió en las afueras de Santa Marta, aguardando por igual la embarcación que lo llevaría al Viejo Continente o al ejército que forjaría de una vez por todas la unidad de las repúblicas andinas. Morir en la costa atlántica de la actual Colombia, sumido en una espera infructuosa, fue en este sentido la última de sus derrotas.

### **Caudillismo y fragmentación territorial**

No todos los que de una u otra forma se habían comprometido con la causa patriota habrían suscrito sin reservas la opinión de Bolívar, pero las primeras décadas de vida independiente parecieron confirmar de alguna manera sus pronósticos más sombríos. Hechas todas las salvedades del caso, lo cierto es que Hispanoamérica se revelaba a ojos de muchos como ingobernable. Tanto los observadores contemporáneos como los cronistas posteriores coincidieron en atribuir a la figura del caudillo –los “tiranuelos imperceptibles” de Bolívar– buena parte de la crónica inestabilidad política y de los recurrentes estallidos de violencia que debilitaron los cimientos de las nacientes repúblicas. La historiografía más reciente ha recogido en buena medida el dictamen de épocas precedentes y en no pocas ocasiones lo ha erigido en figura epónima: el siglo XIX es para muchos, antes que cualquier otra cosa, “la era del caudillo”. Su imagen parece evocar necesariamente el tumulto, la desintegración, el desbordamiento; en definitiva, todos los fantasmas que los discursos nacionales decimonónicos buscaron afanosamente conjurar al apelar al mantra del “orden” como fórmula redentora. Pero la efigie del caudillo también sugiere la otra cara de la moneda: el hombre fuerte, la mano dura que contiene –al menos

transitoriamente– la anarquía que él mismo ha contribuido a desencadenar, el sucedáneo del leviatán de Hobbes entre los interregnos revolucionarios<sup>2</sup>.

Hablar del caudillo es hablar, por ejemplo, del general colombiano Tomás Cipriano de Mosquera, de sus cuatro presidencias y sus muchas campañas militares, apoyado por los trabajadores de sus haciendas y su destreza en el uso del machete, tanto en las faenas agrícolas como en el combate. O de Juan Manuel de Rosas, de su “restauración” del orden en Buenos Aires y de la violencia desatada en la frontera indígena sobre el Río Colorado, o –si se prefiere– de la violencia desatada en Buenos Aires y la restauración del orden en la frontera indígena, apoyado en cualquier caso por los gauchos de sus estancias y las de sus aliados. La lista de caudillos decimonónicos es ciertamente interminable, y sea cual sea el nombre que se tome a guisa de ejemplo, la semblanza de cualquier caudillo esconde por lo general la denuncia de la independencia como una promesa incumplida: la ambiciosa reorganización institucional que las constituciones republicanas anunciaron en letra de molde habría sucumbido a las incesantes disputas y los conflictos de intereses de los caudillos y sus clientelas armadas.

Una vez cerrado el ciclo de las guerras de independencia hacia finales de la década de 1830, la primera víctima de la atomización caudillista fue el ideal de una Hispanoamérica unificada, tal como lo abrigó Bolívar hasta el final de su vida a pesar de las manifestaciones de descreimiento y desengaño de sus últimos días. Pero incluso los proyectos de unidad en el marco de las antiguas fronteras admi-

2 La literatura sobre el caudillismo hispanoamericano es profusa. Algunos de los problemas comentados aquí brevemente son abordados en Lynch (1992); Bakewell (1997), pp. 356-408; Halperin Donghi, (1999), pp.19-48; y Hamill (1992), pp. 3-86.

nistrativas del imperio español en América parecían estar condenados irremediablemente a la desintegración, propiciada como era por la ausencia de un monopolio efectivo de la fuerza en manos de los incipientes gobiernos centrales. La organización de una infinidad de ejércitos de toda índole, sometidos a la autoridad de líderes con diferentes grados de representatividad y proyección, aparejó a la intensa actividad política que siguió a la independencia una dimensión militar indisoluble. Lo que muchos contemporáneos condenaron como anarquía incontenible era en esencia la cristalización y reconfiguración de alianzas político-militares en un contexto de extrema pugnacidad y débil centralización territorial. Caudillos con una base eminentemente local articulaban sus clientelas a las de aquellos cuyo liderazgo había alcanzado una proyección más amplia, y procuraban ejercer influencia sobre los remanentes del aparato burocrático español o bien desplazar a sus representantes de las regiones bajo su dominio. Conceptos como el de la “ruralización del poder político” buscan dar cuenta de este proceso de recomposición de las relaciones de poder entre unas cabeceras urbanas debilitadas por las turbulencias de las guerras de independencia y un *hinterland* altamente militarizado.

En cualquier caso, el ejercicio de la fuerza en los territorios de las nacientes repúblicas era en la mayoría de los casos un acto de verdadero funambulismo, pues debía tomar en cuenta los intereses contrapuestos de varias redes caudillistas, el cambiante equilibrio en las jerarquías urbanas, los impulsos de las nuevas zonas de colonización y la intensa movilización política en muchas regiones, por nombrar algunos de los factores más relevantes. Así, mientras las asambleas constituyentes —allí donde pudieron sesionar— se trenzaban en fuertes polémicas sobre los fundamentos de las constituciones que debían regir los destinos de los nuevos países,

la posibilidad de garantizar el imperio de las nuevas cartas magnas, a lo largo y ancho del territorio se veía truncada de raíz por la fragmentación espacial: el recurso a la fuerza entre diversos actores (hacendados, caudillos, militares del ejército regular, caciques indígenas o milicianos, por ejemplo) disolvía el territorio pretendidamente unificado de las repúblicas en regiones de jurisdicción disputada. El arraigo local de las clientelas de caudillos y otros actores, lo mismo que su potencial de movilización militar, conferían al espacio regional de las nacientes repúblicas hispanoamericanas una naturaleza cuasi insular. El uso de la violencia organizada presuponia por lo general la coordinación de diferentes núcleos de poder político-militar relativamente autónomos y su integración en alianzas y redes de naturaleza inestable. En este sentido, el territorio republicano posterior a las guerras de independencia puede ser concebido como el ‘archipiélago caudillista’ de regiones y ciudades con un alto nivel de autonomía, antes que como el espacio homogéneo y altamente integrado de cualquier carta constitucional.

Muchos autores le han dedicado un amplio espacio al estudio del caudillismo en la Hispanoamérica decimonónica, y de hecho, no parece haber manera de eludir el tema a la hora de emprender un análisis sobre el proceso revolucionario que culminó en la independencia de la inmensa mayoría de los antiguos dominios españoles en el continente. Como fenómeno histórico, el caudillismo de la primera mitad del siglo XIX se encuentra en la encrucijada analítica propia de los fenómenos gestados en procesos revolucionarios: cabe la posibilidad de explicarlos como parte de la inercia de las continuidades o como expresión de las rupturas causadas por el cambio. Aunque no hay evidencia del uso extendido del concepto durante la Colonia, el caudillo bien puede ser entendido como producto de sociedades coloniales fragmentadas,

imbuidas de profundas diferencias étnicas y socioeconómicas que gozaban de sanción institucional; sociedades caracterizadas por la dispersión geográfica e impregnadas de una marcada concepción corporativista que entendía a los diferentes grupos sociales como compartimientos estancos. Igualmente, se puede interpretar la proliferación de los caudillos, durante y después de las guerras de independencia, como fruto del colapso de los circuitos mercantiles, la devastación y la espiral de violencia propiciadas por la guerra misma, y la ruptura del orden político con su correlato en la crisis de legitimidad del aparato estatal.

La historiografía se ha nutrido tradicionalmente de ambas vertientes y suele describir al caudillo como un personaje de transición, a horcajadas entre dos mundos; una suerte de eslabón social entre un orden colonial en rápida disolución (al menos en muchos de sus niveles) y un incipiente orden republicano. No obstante, más allá de esta visión general no le ha sido fácil explicar con suficiente precisión el surgimiento de la figura del caudillo en la Colonia tardía —especialmente en las zonas de frontera—, su irrupción en el escenario revolucionario y su importancia en las regiones más disputadas entre realistas y patriotas, o su dominio de la vida republicana en la mayoría de los países hispanoamericanos en las décadas que siguieron a la independencia. En particular, el problema de la fragmentación territorial inherente al caudillismo no siempre ha recibido la atención debida, más allá de algunos lugares comunes sobre el arraigo local y la volubilidad de los caudillos y sus milicias. Este descuido obedece, al menos en parte, a las dificultades que el análisis de la relación entre el ejercicio de la violencia organizada y la espacialidad ha heredado de las diferentes tradiciones historiográficas nacionales.

Las historiografías nacionales procuraron inscribir la movilización militar de los cau-

dillos en el marco de la construcción del estado-nación, y en esa medida cualquier pronunciamiento tendió a ser interpretado en función de su eventual aporte a la “causa patria”. En algunos casos las “revoluciones” desencadenadas por los caudillos merecieron la reprobación de los historiadores por amenazar el proyecto nacional; en otras ocasiones un alzamiento en armas podía ser valorado positivamente como un paso necesario en el camino —sinuoso sin duda y en ningún caso exento de retrocesos— hacia la consolidación estatal. Pero sea cual fuere el papel que se le hubiera atribuido a determinado caudillo en la realización del destino nacional, su uso de la violencia se interpretaba por lo general con referencia a una espacialidad definida por el territorio del estado-nación. Las historiografías nacionales dieron así por sentada la relación entre representación del espacio y territorio nacional: el uso de la fuerza en los caudillos habría conllevado necesariamente la proyección de la violencia sobre el espacio homogéneo y unificado de la nación. Como se verá a continuación, la relación entre representación del espacio y territorialización de la violencia no puede ser concebida como inmutable y en ningún caso darse por sobrentendida. Ella misma es susceptible de ser analizada a la luz de los procesos de desarrollo cognitivo y cambio social que constituyen el objeto de estudio de la teoría histórico-genética de la cultura.

### **Representación del espacio y cognición: la perspectiva histórico-genética de la cultura**

La teoría histórico-genética de la cultura desarrollada por el sociólogo alemán Günter Dux se inscribe dentro del esfuerzo teórico interdisciplinario que en las últimas décadas ha buscado conectar las agendas de investigación de disciplinas como: la antropología, la sociología o la historia con la psicología del desarrollo basada en la obra de Jean

Piaget<sup>3</sup>. La idea central de esta perspectiva consiste en examinar las diferentes prácticas culturales de una sociedad en clave cognitiva, con la certeza de que la construcción del mundo social está íntimamente relacionada con las herramientas cognitivas a disposición de un grupo humano concreto en una época determinada. En ningún caso se trata de agotar la polisemia del concepto de cultura en el estudio de la cognición, ni reducirla a un simple catálogo de estructuras mentales del que las sociedades podrían servirse a su entero acomodo. La perspectiva representada por teorías como la histórico-genética de Dux busca primero que todo iluminar el problema de las condiciones de posibilidad: sin una idea clara de las herramientas cognitivas de las personas en un momento dado, resulta difícil describir y analizar con suficiente precisión las estructuras sociales y de significado construidas por ellas.

Dux ha insistido en la manera en que las estructuras cognitivas y los entramados sociales, sin abandonar sus líneas propias de desarrollo, han permanecido entrelazados a lo largo de la historia humana. En particular, ha puesto de relieve la manera en que en el curso de la Edad Moderna categorías tales como las de causalidad, límite, tiempo o espacio, esto es, las estructuras que le permiten a las personas atribuir a los objetos y a los fenómenos determinadas propiedades, respondieron a los cambios en las “herramientas operacionales” lógico-matemáticas encargadas de establecer las relaciones entre diferentes dimensiones cognitivas. Procesos como el de mercantilización y de urbanización que se manifestaron con creciente intensidad a partir de la Baja Edad Media en Europa, por citar dos casos bien estudiados, habrían tenido su correlato

en el paulatino surgimiento de una lógica operacional centrada en los condicionamientos sistémicos y procesuales de los fenómenos observados por las personas (Dux, 2000, pp.151-252).

Dentro del estudio de la cognición humana, las transformaciones en la representación del espacio a través del tiempo han sido ciertamente uno de los temas más debatidos en las últimas décadas por las diferentes disciplinas. En el campo de la psicología del desarrollo, el estudio publicado por Jean Piaget y Bärbel Inhelder en 1948 gozó durante un buen tiempo de estatus axiomático (Piaget & Inhelder, 1956). El modelo planteado por Piaget e Inhelder explica la representación del espacio en los adultos como el producto de una transición de la perspectiva esencialmente topológica (esto es, una basada en relaciones de proximidad y de delimitación) en los primeros años de vida a una de índole euclidiano y proyectivo (fundada en proporciones, perspectiva y constantes). Al final del proceso de desarrollo ontogénico, pues, la persona habrá adquirido una representación del espacio centrada en el uso de ejes de coordenadas y en la información métrica.

En las últimas décadas el modelo de Piaget e Inhelder ha sido sometido a numerosas críticas y ha sido objeto de un vivo debate. Algunos autores reprochan un uso muy laxo del concepto de lo topológico que induce a confusión si se lo equipara al concepto propiamente matemático. Otros insisten en que la idea de una secuencia de desarrollo es errónea, y que los seres humanos están desde muy temprana edad en capacidad de representar el espacio de una u otra forma, y que lo que realmente sucede en el desarrollo ontogénico es la adquisición ininterrumpida de información que permite ajustar con mayor adecuación, tanto la representación topológica como la proyectivo-euclidiana a las tareas por realizar. También es posible inferir, a partir de la lectura de trabajos del campo de

3 Sobre la teoría histórico-genética véase Dux (2000). Sobre la empresa teórica en general pueden ser consultados, por ejemplo, los trabajos de Hallpike (1979) y Oesterdiekhoff (2000, 2004).

la historia de las ideas, que la fase euclidiana no puede ser entendida en ningún caso como una última etapa de desarrollo: finalmente una de las características fundamentales de la representación del espacio en diferentes campos del saber a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX –la física, la pintura, la literatura o la sociología, por citar algunos ejemplos– habría sido el rechazo a la noción del espacio como homogéneo y absoluto (Kapadia, 1974, pp. 419-424; Kern, 1983, pp. 131-180; Mandler, 1988, pp. 423-432).

Este no es el lugar para profundizar en el debate sobre la representación del espacio. Sin embargo, cabe resaltar una conclusión fundamental: el debate pone de manifiesto la necesidad de pensar la representación del espacio a partir y a la vez más allá de los procesos de desarrollo ontogénico y de los procesos evolutivos filogenéticos. Existe una dimensión histórica en el desarrollo de la cognición del espacio que es necesario resaltar; una esfera que sin estar escindida de las facultades “naturales” las expande y les confiere una flexibilidad y maleabilidad inéditas dentro de los procesos biológicos y culturales en los que se desenvuelve la vida humana<sup>4</sup>. El énfasis en la dimensión cultural de las representaciones espaciales, es decir, en su carácter de construcción social, no es en ningún caso una novedad en las ciencias sociales y humanas: las diferentes disciplinas que se gestaron a lo largo del siglo XIX pusieron en tela de juicio –desde diversas perspectivas– supuestos como el de Immanuel Kant, quien había definido la representación del espacio como una forma a priori del entendimiento humano.

Ahora bien, reconocer la representación del espacio como una construcción social, sin

4 Sobre la dimensión histórico-cultural en el desarrollo de la cognición en general y su interacción con procesos filogenéticos y ontogénicos. Véase Dux (2000) y Tomasello (1999).

duda abre valiosas perspectivas de análisis, pero en sí resulta insuficiente si de analizar las herramientas cognitivas se trata. Entre los problemas que enfrentan quienes en las ciencias sociales se ocupan –así sea tangencialmente– de la cognición del espacio se cuentan justamente la débil articulación interdisciplinaria y las dificultades para discutir en un marco común los hallazgos de otros campos del saber. Por momentos parece inevitable caer en una disyuntiva poco fructífera: las diferencias en la representación del espacio terminan siendo atribuidas o bien a vagas peculiaridades cognitivas propias de cada cultura, o bien a matices en el procesamiento de la información sobre una plataforma mental común a todas las sociedades. El problema de la cognición y la representación espacial queda así relegado a un segundo plano, ya sea porque sus diferentes manifestaciones son reducidas a una infinidad de particularidades idiosincrásicas arbitrarias o a variaciones más o menos aleatorias de un único molde<sup>5</sup>. En cualquier caso, ninguno de estos asertos parece explicar satisfactoriamente el desarrollo de las distintas herramientas cognitivas de las que las sociedades han echado mano para representar el espacio y orientarse en él.

En el siguiente aparte será examinada la “expedición al desierto” de Juan Manuel de Rosas en la Argentina entre los años de 1833 y 1834, con particular énfasis en los medios de orientación a su alcance y su preocupación por refinar la información cartográfica a su disposición. La relación entre saber cartográfico y conocimiento espacial no es en ningún caso unívoca ni evidente, pero es posible

5 Es justamente frente a la presunta ininteligibilidad de las construcciones mentales de las personas a través del tiempo, fijadas como estarían en ideales, creencias y usos más o menos arbitrarios ajenos a una racionalidad identificable, que Dux (1990) advierte sobre el “postulado de la irracionalidad” en muchas de las vertientes de las ciencias humanas y sociales.

plantear una correspondencia básica entre la historia de la cartografía y el desarrollo ontogénico de la cognición del espacio que va más allá de la libre asociación de ideas o las coincidencias puntuales (Downs, 1985, pp. 323-345). El énfasis en los medios de orientación privilegiados por Rosas permite centrar el análisis en la dimensión cognitivo-cultural de la representación del espacio, y en las consecuencias que su transformación en el tiempo trajo para el uso de la fuerza a lo largo del siglo XIX hispanoamericano. El estudio de esta campaña militar contra los indígenas de la Pampa debe, en definitiva, arrojar nueva luz sobre el tipo de cognición que subyacía a la organización de la violencia caudillista y su incidencia en la fragmentación territorial que caracterizó a las repúblicas surgidas del colapso del imperio español en América.

### **La “expedición al desierto” de Juan Manuel de Rosas y sus secuelas**

En las memorias decimonónicas y en la historiografía sobre el siglo XIX hispanoamericano son pocos los personajes que supieron suscitar juicios tan absolutamente encontrados como Juan Manuel de Rosas. En su expedición científica a Suramérica, el joven Darwin—quien recibió el apoyo del entonces brigadier general y ex-gobernador de Buenos Aires— lo describió como el hombre “más prominente” de la región y como una esperanza de progreso y prosperidad para la Argentina, aunque se mostró igualmente preocupado por la “sangrienta guerra de exterminio” contra los indígenas en la llamada “expedición al desierto” (Lynch, 1981, pp. 3-5). La figura del “Restaurador de las Leyes” fue encomiada por unos como el hombre fuerte que supo imponer el orden cuando la anarquía total se cernía sobre la Argentina, mientras que otros lo condenaron como el tirano que llevó el autoritarismo y la represión a niveles inéditos en el Río de la Plata. Ensalzado por unos como un líder de cariz popular

que se granjeó el apoyo de los marginados de la campaña bonaerense, es denunciado por otros como un estanciero inescrupuloso que impulsó un proceso inédito de acaparamiento de la tierra y de despojo de indígenas y colonos. En su momento, San Martín le hizo llegar su espada en reconocimiento a su defensa de la soberanía nacional frente a los bloqueos francés de 1838-40 y anglo-francés de 1845-50, mientras que Andrés Bello no dudó en elogiarlo como uno de los prohombres de la causa americana. Sarmiento, por su parte, lo repudió como la encarnación por excelencia de la barbarie rural que amenazaba con cerrar el cerco sobre los oasis de civilización urbana en el país (Lynch, 1981, pp. 1-10 y 294).

En cualquier caso, nadie pondría en tela de juicio el protagonismo de Rosas en la Argentina de la primera mitad del siglo XIX. Su trayectoria constituye sin duda una fuente privilegiada de análisis de la historia del país, posterior a la declaración de independencia: como exitoso estanciero y propietario de un saladero de carne, supo conjugar su creciente influencia en el plano socioeconómico con un nada despreciable poderío militar al mando de las milicias conformadas por sus gauchos. En cuestión de pocos años pasó de ser un caudillo de base local a una figura política de proyección a lo largo y ancho de la república, mientras que los servicios prestados a la ciudad de Buenos Aires lo acercaron a las altas esferas institucionales. Juan Manuel de Rosas, líder del partido federal, jefe de las milicias provinciales y cabeza de los latifundistas de la campaña bonaerense, se transformó a partir de 1829, año de su primera elección como gobernador, en la autoridad suprema de la provincia de Buenos Aires hasta su caída en 1852. Durante los más de veinte años en que ejerció un poder que unos celebraron y otros repudiaron como absoluto, Rosas se ejercitó en el arte de la paradoja: como vicario del federalismo se empeñó en someter a las provincias a la autoridad de la antigua capital

virreinal. Rosas dejó en firme las bases del gobierno central, y además señaló el rumbo que había de seguir la expansión de la economía ganadera del país. Su “expedición al desierto” de 1833-4 se constituyó, en efecto, en un hito dentro del propósito de extender la frontera política y económica hasta los márgenes del Río Negro, una meta que sólo llegaría a ser alcanzada en la empresa militar de Julio A. Roca en 1878-79.

La campaña de Rosas se enmarca dentro de un proceso secular que hunde sus raíces en la Colonia tardía. A mediados del siglo XVIII las autoridades coloniales reportaron un incremento en la frecuencia e intensidad de las incursiones indígenas en la frontera sur de la Gobernación del Río de la Plata. La recurrencia de los temidos “malones”, como eran conocidas dichas incursiones, llevó a las autoridades a trazar un plan de acción que combinaba los tratados de paz, la creación de un cuerpo militar permanente —el célebre cuerpo de “Blandengues”—, el levantamiento de planos de la zona de frontera y la construcción de fuertes. La respuesta a los malones fue en un primer momento de naturaleza primordialmente reactiva: el conocimiento más detallado de la zona de frontera en conjunción con el emplazamiento de bastiones militares debía permitir el rápido despliegue de destacamentos hacia aquellas zonas que estuvieran siendo atacadas. Las unidades acuarteladas en los fuertes podían igualmente organizar razias o expediciones punitivas contra las “tolderías” indígenas que estuvieran a su alcance, aunque su radio de acción era ciertamente reducido dadas las dificultades de aprovisionamiento y el desconocimiento relativo de los territorios por fuera del perímetro del territorio bajo control español. En cualquier caso, el principio básico que regía la defensa de la frontera sur tanto de la Gobernación como del posterior Virreinato del Río de la Plata (creado en 1776) era en esencia el mismo del que usualmente se

servían las autoridades coloniales en otras regiones de frontera. Una paciente labor de zapa debía conducir a la paulatina ampliación de sucesivas líneas fortificadas, acompañadas de tratados de paz, la “reducción a policía” de los pobladores de la zona ganada y las campañas militares contra aquellos grupos que ofrecieran resistencia.

A las dificultades habituales que una estrategia semejante enfrentaba, como el abastecimiento insuficiente, la escasez de recursos para guarnecer los fuertes con tropas permanentes o las limitaciones en las comunicaciones, habría que sumar la exitosa adaptación de los indígenas de la Pampa y sus aliados a la “guerra de frontera”. Los habitantes del “desierto” supieron sacar el máximo provecho a la movilidad que les garantizaban las caballadas entrenadas especialmente en los distintos suelos pampeanos, mientras que un conocimiento privilegiado del terreno les concedía una mayor flexibilidad en la elección de las rutas de ataque y las de escape. Sus contactos con diferentes mercados, particularmente en Chile, les garantizaban un abastecimiento regular de productos como yerba mate, tabaco, sal, aguardiente, galletas, mandioca o maíz, lo mismo que una demanda continua del ganado mayor tomado en las llanuras pampeanas. Los cautivos “cristianos” raptados en los malones se convirtieron, por su parte, en un arma político-económica de doble filo: aunque no fueron pocas las concesiones que los indígenas supieron arrancarles a las autoridades locales y provinciales como parte de las liberaciones, la presencia de retenidos en las tolderías —particularmente de “cristianas” convertidas en mujeres de los caciques— se tornó en una cuestión candente para la opinión pública argentina y en un expediente eficaz en la movilización de recursos para las campañas militares en la frontera.

Hacia mediados de la década de 1810 el gobierno procuró imprimirle un carácter más ofensivo a su estrategia militar en la frontera, sin renunciar por supuesto a tratados de paz con las “tribus amigas” que incluían la entrega regular de ganado caballar o vacuno y de productos como yerba mate, azúcar, alcohol, papel y tabaco. En los hombros del coronel Pedro Andrés García recayó la responsabilidad de mando sobre la frontera, donde procuró combinar activamente la diplomacia, el establecimiento de fuertes y las operaciones militares, todo en el marco de una prolija labor de estudio que permitiera llenar las vastas lagunas en el conocimiento geográfico de la frontera sur de la nueva república. Si su gestión político-militar supuso la consolidación de la frontera sobre el Río Salado, sus labores cartográficas extendieron el conocimiento a disposición de las autoridades republicanas hasta los márgenes del Río Negro. Su *Carta esférica de la provincia de Buenos Aires y Pampa del Sud hasta el establecimiento del Río Negro en la costa patagónica* se constituyó en la punta de lanza de la ocupación del territorio que habría de hacerse efectiva medio siglo después (Rosas, 1965, pp. 13-16).

El empeño más sistemático por extender la frontera obedecía a la creciente importancia de los productos ganaderos en la balanza comercial argentina. La presión sobre nuevas tierras de pastoreo más allá de las regiones de colonización efectiva, sumada a las crecientes ganancias del comercio pecuario, condujo a una agudización de las tensiones en la frontera. La década de 1820 será testigo de operaciones militares punitivas y de ocupación de éxito desigual, nuevos malones de gran envergadura y recurrentes enfrentamientos entre los indígenas y sus aliados en las zonas aledañas a la línea de defensa y las vanguardias colonizadoras provenientes del interior de la república. Muchas regiones se veían desbordadas por el desafío de las in-

cursiones indígenas y sin recursos suficientes para plantear alternativas efectivas al sistema de fuertes dispersos, cooptación de “tribus amigas”, pequeñas guarniciones del ejército regular y diferentes formas de organización miliciana a cargo de los caudillos locales. En una carta de finales de 1832 el gobernador de San Luis le solicitaba apoyo al de Buenos Aires ante las evidentes falencias del sistema heredado del período colonial:

La excelentísima Junta de esta Provincia, cuya suerte está librada al patriotismo y esforzados sacrificios de los ciudadanos que hoy la presiden, no ha perdonado medio alguno de cuantos han estado a sus alcances, y en la esfera de su imposibilidad, para poner a cubierto al país de las continuas incursiones de los indios del sud, pero como una constante experiencia le ha demostrado que con fuerzas de milicias jamás se podrán lograr las ventajas que se desean contra los salvajes, se empeña hoy en la formación de una fuerza veterana... [Gobernación de San Luis a la Gobernación de Buenos Aires, diciembre de 1832. Citado en Rosas (1965), p. 58].

Ya para entonces Juan Manuel de Rosas, gobernador saliente de Buenos Aires y caudillo con estrella ascendente, se hacía eco de las peticiones de ayuda y de las señales de alarma emitidas a lo largo de la frontera. En una proclama a los habitantes de Buenos Aires, presentó un balance –ciertamente autocomplaciente– de sus logros al frente de la gobernación y se comprometió con una solución definitiva al desafío representado por los indígenas de la Pampa:

Algo habéis comprendido de los inmensos sacrificios y de la perseverancia que ha sido necesario aplicar

para libertar vuestras fortunas de la rapacidad de las tribus indómitas. Al Cielo pongo por testigo de no haber ahorrado desvelos, ni fatigas, por llenar esta parte de mis deberes públicos. Un esfuerzo más, y quedarán libres para siempre nuestras dilatadas campañas, y habremos establecido la base de todos los cálculos de nuestra riqueza pública, y acabado la empresa que ha burlado por más de dos siglos el valor y la constancia de nuestros mayores. ¿Y será posible que una pusilanimidad vergonzosa nos detenga en el último paso? ¿Rehusaremos ahora los auxilios que son absoluta y urgentemente necesarios para asegurar el bien inestimable adquirido con increíbles sacrificios; y nos expondremos a perderlo todo por una mezquindad que haría nuestra perpetua ignominia? No: vosotros prestaréis ciertamente con el patriotismo acostumbrado cuanto sea indispensable para expediciones sobre los últimos asilos de los indios enemigos, y para perfeccionar la población de nuestras fronteras [Proclama a los habitantes de la Provincia de Buenos Aires, diciembre 17 de 1832. Citado en Rosas (1965), p. 55].

Inflamados de patriotismo, o quizás sólo espoleados en su codicia, los miembros de la legislatura no hicieron oídos sordos al mensaje de Rosas y adelantaron conversaciones con otras provincias para coordinar una campaña militar contra los indígenas y sus aliados en la Pampa y en el norte de la Patagonia, además de aprobar un presupuesto de 300.000 pesos que hacía el final de la administración de Ramón Balcarce hubo de elevarse a cerca de un millón (Lynch, 1981, p. 53). Tras los primeros contactos la iniciativa recayó en las provincias de San Juan y de Mendoza, cuyos gober-

nadores –con la aprobación de las respectivas legislaturas– nombraron como general en jefe de la expedición a Juan Facundo Quiroga, si bien quedó claro desde un comienzo que Rosas sería su verdadero organizador. El plan original de Rosas contemplaba una operación conjunta con el ejército chileno a partir del despliegue de tres divisiones. La División Derecha, conformada por fuerzas chilenas a órdenes de Manuel Bulnes, debía organizar una “batida” general en el flanco occidental de los Andes, operando de occidente a oriente sobre los valles cordilleranos del Neuquén y del Limay para cerrar el paso a las tribus que intentaran resguardarse en territorio chileno, y sumarse a las fuerzas expedicionarias argentinas en los márgenes del río Colorado. La División Centro, comandada por Quiroga, debía marchar con tropas de Cuyo y del interior hasta el río Colorado y esperar allí a la División Izquierda a órdenes del propio Rosas, encargada de realizar un barrido de este a oeste sobre los valles de los ríos Colorado y Negro.

Un estallido revolucionario en Chile impidió la participación de Bulnes en la expedición, mientras que Quiroga, sin renunciar a su condición de general en jefe, se excusó de participar personalmente por estar convaleciente de un ataque de reumatismo. De todas maneras, Rosas insistió en la idea de las tres divisiones en operación simultánea, aunque sin la posibilidad de cerrar los pasos cordilleranos desde Chile a las tribus que eventualmente buscaran burlar el cerco que se tenía planeado. La División Derecha a cargo del brigadier general José Félix Aldao debía descolgarse por el sur de Mendoza sobre la región andina entre los ríos Barrancas y Neuquén, para finalmente llegar al punto de encuentro con la División Izquierda en el nacimiento del Río Negro. Esta última seguiría bajo el mando de Rosas según el itinerario originalmente previsto, avanzando sobre el río Colorado hasta topar con la División de

Aldao y la División Centro, encomendada al general José Ruiz Huidobro y con la misión de batir a las tribus de la Pampa central. Una vez reunidas las tres divisiones, el ejército debía avanzar sobre el valle del Río Negro hacia el “País de las Manzanas”, la zona comprendida aproximadamente por la actual provincia argentina de Neuquén (Walter, 1980, pp. 191-201; Rosas, 1965, pp. 67-72).

Vista en retrospectiva, la expedición de Rosas puede ser interpretada como un eslabón más —particularmente ambicioso, sin duda— en la larga cadena de operaciones militares que culminó en el aniquilamiento, el desplazamiento, el confinamiento en reservas y la esclavización de las últimas tribus políticamente independientes de la Pampa hacia finales del siglo XIX. Una lectura semejante no es del todo incorrecta, pero sus excesos teleológicos pueden llegar a simplificar en demasía la naturaleza compleja y contradictoria de los patrones de coexistencia, cooperación y antagonismo en la competición por recursos entre los indígenas pampeanos y sus aliados de un lado, y los colonos, los estancieros y los militares y funcionarios del incipiente estado argentino del otro. Rosas no representa llanamente un nuevo peldaño en el ascenso incontenible de la ocupación “blanca” de la Pampa, ni un punto de inflexión que selló el destino de los indígenas de la región. Las décadas posteriores a la “expedición al desierto” presenciaron avances y retrocesos en la línea de frontera, complejas renegociaciones de los tratados de paz y amistad y cruentos combates e incursiones a lado y lado de la zona fronteriza. Pero sin duda se puede afirmar que Rosas supo imprimir ese carácter excepcional suyo, que la historiografía apologética o difamatoria de toda filiación le reconoce, a la manera de librar la guerra de frontera.

No todo lo que se propuso en su expedición puede ser considerado como novedoso, y de hecho no fueron pocos los rubros en los que no hizo más que sacar el máximo provecho

posible de los procedimientos convencionales. El rastreo y persecución del enemigo para acometerlo por sorpresa o para desbandar sus asentamientos temporales; la combinación de milicias, tropas regulares y reos condenados a prestar servicio militar, lo mismo que el empleo de las tribus amigas como guías y como complemento de las propias fuerzas, eran principios que se avenían bien con el concepto tradicional de guerra de frontera. Pero la profundidad de la incursión, la coordinación de varios cuerpos militares y su naturaleza sostenida eran sin duda fuera de lo común. Rosas buscaba ir más allá de una razia clásica realizada a gran escala, en la que destacamentos desprendidos de los fortines intentaban dismantelar en su radio de acción las bases temporales de los indígenas, para luego volver a acantonarse (o eventualmente guarnecer un nuevo bastión en un punto más avanzado del territorio “despejado”). Rosas procuró en alguna medida liberar el uso de la fuerza de sus restricciones espaciales más inmediatas: la violencia organizada debía dejar de ser proyectada a partir de fortines sobre zonas más o menos conocidas de las que se sospechara o se tuviera la certeza de que albergaban partidas de indígenas o tolderías. La expedición al desierto buscaba hacer uso sostenido de la fuerza sin intención de replegar a los efectivos en el corto plazo, y pretendía internar a sus destacamentos en territorios prácticamente desconocidos en un vasto teatro de operaciones de dimensiones inéditas para las fuerzas rioplatenses. La expedición contaba con un total de 4.000 efectivos y 13.000 caballos aproximadamente, aparte de miles de cabezas de ganado vacuno y yeguarizo que debían proveer el sustento de los soldados. Las fuerzas expedicionarias de la División Izquierda estaban apoyadas por unos 300 “indios de pelea” de las “tribus amigas” de Catriel, Cabol, Lanquelén y Pablo en la región de Tapalqué, cuya importancia en el combate y en las labores de reconocimiento no puede ser subrayada suficientemente. Su

indispensable lealtad era asegurada a través de un generoso racionamiento que incluía mantas de bayeta punzó para los guerreros y de paño para los caciques, papel y “vicios” como yerba mate y tabaco (Rosas, 1965, pp. 86-96).

Para orientar a sus fuerzas, Rosas disponía de las rutas indicadas por los baquianos y los indígenas capturados en la marcha, y transitaba –al menos por tramos– los viejos caminos prehispánicos y reales, los caminos indios más frecuentados y las “rastrilladas”, las rutas empleadas por las tribus en el transporte de ganado que a su paso dejaba surcada la tierra con sus cascos. Pero igualmente recurrió al saber cartográfico acumulado por lo menos desde mediados del siglo XVIII: no sólo apeló a los trabajos ya realizados, en particular a los de Pedro García en las décadas de 1810 y 1820, sino que además encargó al Departamento Topográfico de Buenos Aires la confección de una carta que compilara toda la información reunida hasta la fecha. Rosas hizo llegar a Quiroga y a Ruiz Huidobro sendas copias de dicha carta geográfica, con el propósito expreso de coordinar la acción simultánea de las tres divisiones a partir de la información contenida en el mapa. Pero su uso del saber cartográfico no se limitó a un consumo ávido, sino que también procuró supervisar su producción: las fuerzas de la División Izquierda a su cargo incluían al capitán de marina Guillermo Bathurst, al agrimensor coronel Feliciano A. Chiclana y al astrónomo Nicolás Descalzi, encargados del relevamiento topográfico de las nuevas zonas recorridas y el reconocimiento de los ríos Negro y Colorado. Rosas tenía previsto usar activamente los datos recolectados por su expedición y corregir las informaciones que tenía a la mano (Rosas, 1965, pp. 67-69; Walther, 1980, pp. 212-214). Era evidente que las referencias de las que disponían los cartógrafos del Departamento Topográfico eran en buena medida jirones de información,

obtenidos de las más diversas fuentes y difícilmente verificables en su conjunto. Días antes de iniciar la marcha, Rosas le dirigió una carta al teniente coronel José de Arenales, presidente del Departamento Topográfico de Buenos Aires, para reclamar una victoria fácil. Con una condescendencia elogiosa que secretamente parecía querer recordarles a sus funcionarios las limitaciones de la ciencia de escritorio, Rosas manifestaba:

No sería razonable esperar que un ensayo geográfico de tan vastas relaciones, de un territorio casi incógnito y con los materiales incompletos de que ha sido necesario valerse para combinarlo, diese un resultado exento de errores; pero el infrascrito encuentra en la valiosa obra a que se refiere una prueba de las loables tareas del Departamento Topográfico, y muy señaladamente del distinguido y honroso celo de su jefe.

El infrascrito se promete que en el curso de la campaña próxima a emprenderse se obtendrán las nociones necesarias para perfeccionar el último plano del Departamento pero se lisonjea también de que tal como se ha redactado, será de grande utilidad para las operaciones del Ejército, lo que el infrascrito mira como una notable honra del Departamento Topográfico [Rosas a Arenales, marzo 1º de 1833. Archivo General de la Nación, Buenos Aires (en adelante AGN), Sala X, legajo 27-5-6].

Pero si las imprecisiones en el mapa podían ser eventualmente corregidas sin un esfuerzo sobrehumano, el poco entusiasmo que la cartografía despertaba entre los comandantes de la expedición parecía ser un obstáculo

insalvable. Quiroga no parece haber tomado muy a pecho su papel de comandante en jefe, y no existe evidencia de que hubiera intentado siquiera emplear el mapa para hacer el seguimiento de los recorridos de las divisiones. Ruiz Huidobro, por su parte, ignoró simple y llanamente las indicaciones de Rosas, sin que su aparente rechazo pudiera ser atribuido a un apego anticuado a los usos tradicionales: la División Centro carecía de hecho de buenos baquianos y optó por no seguir las rastreadas, de tal suerte que pasó una parte de su corto tiempo de operación extraviada en medio del “desierto” pampeano (Walther, 1980, pp.203-213).

Tener buenos baquianos no era, por supuesto, garantía alguna de éxito, y de hecho resultaba aconsejable desconfiar de aquellos que se mostraban infalibles: una seguridad ostentosa podía no ser más que extravío camuflado en medio de la desorientación general. El general Ángel Pacheco, comisionado por Rosas para comandar una columna de reconocimiento de 400 hombres que debía remontar el Río Negro y cortar la retirada al cacique Chocorí, tuvo la oportunidad de entender de cerca los gajes del oficio de baquiano. Sus informes a Rosas constituyen todo un compendio del tacto con el que había que manejar la información provista por diferentes guías, sobre todo cuando no había manera de apelar al contraste con otras fuentes. Por ejemplo, a mediados de abril de 1833 Pacheco había dado la orden a su baquiano de cabecera, de apellido Rojas, de conducir el ganado vacuno y caballar de la columna al arroyo Pillahuincó (Arroyo de las Achiras), donde sería recogido por la vanguardia para arrearlo en el ascenso a las cumbres de la actual Sierra de la Ventana. Pacheco arribó al punto de encuentro el 15 de abril sin haber avistado una sola cabeza de ganado, pero con la palabra de su baquiano de haber dado estricto cumplimiento a la orden. Un día después y cuatro leguas más adelante, Rojas condujo al coronel Pacheco

a las riberas de un arroyo donde pacía el ganado y que fue señalado por el baquiano como el auténtico Pillahuincó (probablemente el comandante de la columna sospechaba ya que el cauce se encontraría siempre allí donde el ganado estuviera pastando). Se abrió entonces una de esas discusiones que con poca frecuencia se daban en el seno de la columna. El baquiano Rojas aseguraba que el arroyo que tenían enfrente era el que desde un comienzo habían convenido, mientras que el comandante Miñana lo desmentía y aseguraba haber conocido la corriente que habían topado el día anterior como el Pillahuincó. Pacheco acudió a un indígena de nombre Manuel, oriundo de la región y que también hacía las veces de guía, para que terciara en la discusión: éste aseguró que en realidad se encontraban a orillas del arroyo Salado, que fluía sobre la sierra de forma discontinua y que volvía a aparecer caudaloso hasta su desembocadura en el mar (Pacheco a Rosas, “Puntas de la Sierra“, abril 17 de 1833. AGN, Sala X, legajo 27-5-6).

Si las lagunas en la información podían causar serias dificultades en el desplazamiento de cuerpos militares que dependían de itinerarios que causarían los menores estragos posibles en los animales, éstas resultaban del todo determinantes en el éxito o el fracaso de las acciones de combate. El mismo Pacheco envió a Rosas el 22 de mayo de 1833 un reporte sobre un malogrado ataque en el valle del Río Negro que habla con elocuencia de los límites impuestos al ejército expedicionario por el desconocimiento del terreno. Unos días antes, los hombres de Pacheco habían acampado en la noche en una zona supuestamente cercana a unas tolderías, pero que a la luz del día se reveló como un punto en medio de la nada que al parecer había sido escogido por los baquianos por el temor que les producían las tribus que se disponían a atacar. No obstante, los soldados encontraron algunos indígenas cazando liebres y organizaron una

persecución que duró hasta la noche, pero la desorientación de los guías en medio de bosques tupidos obligó a detener la marcha. Al día siguiente la división de Pacheco encontró las tolderías desocupadas y se propuso seguir el rastro de los perseguidos, pero la carencia de baquianos que conocieran la zona y la espesura de los montes forzaron finalmente su retorno al cauce del Río Negro para marchar en dirección de la isla de Choele Choel (Pacheco a Rosas, Río Negro, mayo 22 de 1833. AGN, Sala X, legajo 27-5-6).

El escepticismo frente a la utilidad de la cartografía entre los líderes de la expedición y las contradicciones en la información provista por los baquianos no eran de todas maneras los únicos problemas por remediar: dificultades en el abastecimiento plagaron desde un comienzo la campaña militar, particularmente en lo que a las divisiones de Ruiz Huidobro y Aldao respecta, e impusieron nuevas cortapisas a la movilidad y a la coordinación de las fuerzas. La División Derecha de Aldao había tenido un desempeño promisorio en las primeras fases de la campaña, y una vez alcanzó el río Salado, tomó posiciones para aguardar al famoso cacique Yanquetruz y aniquilar sus fuerzas, pues según las informaciones que había recibido, la División Centro les había propinado un fuerte golpe en Las Acoralladas, les había cerrado el paso hacia Chile y no había dejado de hostigarlas (en realidad Ruiz Huidobro ya había recibido la orden de regreso ante la calamitosa situación de aprovisionamiento tras la pérdida del ganado de reserva a manos de los hombres de Yanquetruz, y ante el estallido revolucionario en Córdoba del 12 de junio de 1833). Cuando se dio cuenta de lo inútil de la espera, Aldao decidió emprender la ofensiva, pero la física imposibilidad de reabastecer a sus tropas, que por entonces dependían para su sostenimiento de carne en descomposición, forzaron su regreso. Rosas, que veía en las dificultades de abastecimiento una conjura política para

negarle la victoria sobre los indígenas, se enteró con algo de tardanza del retiro de las otras divisiones, y durante varios días siguió su avance de acuerdo con los supuestos movimientos de los otros generales (Walther, 1980, pp. 202-209; Rosas, 1965, pp. 67-72).

En su avance, Rosas buscó combinar de la mejor manera posible los medios de orientación provistos por los baquianos y las rastrilladas con el uso de la información cartográfica. Consciente de que las rutas más transitadas eran vigiladas por los “bomberos” (vigías) indios, se decidió a abrir nuevos caminos en diferentes tramos de su recorrido, aun a costa de extenuar sus caballadas y de perder una parte importante del ganado de sostenimiento de la tropa. Su estrategia le reportó un éxito notable, y ya entre el 10 y el 11 de mayo de 1833 pudo alcanzar los márgenes del Río Colorado y establecer su campamento general en Médano Redondo (el futuro fortín Mercedes). Desde entonces y hasta el licenciamiento oficial de las tropas el 25 de marzo de 1834, la División Izquierda desplegó una actividad frenética que incluyó la organización de diferentes expediciones militares, el reconocimiento fluvial de los ríos Negro y Colorado, la medición y el loteo de las tierras en los márgenes del Colorado, y la realización de levantamientos topográficos de las zonas comprendidas entre el cuartel general, Patagones y la isla de Choele Choel (Rosas, 1965, pp. 97-120). Los logros de la División Izquierda parecían compensar con creces el fracaso de las otras dos divisiones. Pacheco expuso el optimismo reinante entre los hombres de Rosas en una carta dirigida al general Tomás Guido, fechada el 10 julio del mismo año:

La expedición contra los salvajes, puedo yo asegurárselo, tendrá mejores resultados de los que el mismo General se había prometido. El podrá ofrecer a su regreso un

océano de campos útiles para la labranza y limpios de Indios, con los datos resultados de reconocimiento prácticos [Pacheco a Guido, julio 10 de 1883. Citado en Walther (1980), p. 225].

El propio Rosas compartía el buen ánimo de sus hombres, y aunque no dejó de lamentar el retorno prematuro de las otras divisiones, se mostró confiado en haber dado el paso decisivo en la ocupación de la Pampa. Aunque el esfuerzo de sostener la expedición por más de un año sin un aprovisionamiento regular ni el concurso de todas las fuerzas previstas cobró numerosas víctimas entre la tropa, Rosas pudo dar en la última proclama dirigida a sus soldados el parte de victoria:

Vuestras lanzas han despoblado de fieras el desierto, han castigado los crímenes y vengado los agravios de dos siglos. Las bellas regiones que se extienden hasta la Cordillera de los Andes y las costas que se desenvuelven hasta el afamado Magallanes, quedan abiertas para nuestros hijos (Rosas, 1965, pp. 136-7).

Las décadas posteriores se encargaron de desvirtuar las esperanzas de Rosas, pues aunque desde la Gobernación de la Provincia de Buenos Aires logró proveer lo necesario para sostener una guardia de frontera en la campaña bonaerense lo suficientemente fuerte como para prevenir incursiones de gran envergadura, en ningún caso logró impulsar la colonización robusta de los territorios ocupados. Su caída en 1852 supuso el retroceso de facto a la línea de defensa de finales de 1826 sobre las sierras de Tandil y el valle del río Salado, mientras que pueblos como Rojas, Junín, 25 de Mayo, Tapalqué, Bragado, Azul, Bahía Blanca y Carmen de Patagones quedaron expuestos a nuevos malones. Significativamente, al día siguiente

de la batalla de Caseros, que selló la caída y posterior exilio de Rosas, el cacique Calfucurá atacó y saqueó Bahía Blanca al mando de unos 5000 hombres, e inauguró así un nuevo período signado por enfrentamientos de gran magnitud y violencia endémica a lo largo de la frontera (Walther, 1980, pp. 278-283).

Los reveses de los “huincas”, como eran llamados despectivamente en lengua mapuche los no indígenas, adquirieron por momentos dimensiones catastróficas, sobre todo cuando el desconocimiento del terreno los dejaba a merced de enemigos que lo conocían al detalle. En 1855, por ejemplo, la expedición del general Manuel Hornos terminó en la desbandada del “Ejército de Operaciones del Sur” una vez Calfucurá logró atraer a la caballería enemiga a un tembladeral: la inexperiencia de los soldados sobre este tipo de terreno pantanoso cubierto de césped les valió una aplastante derrota, con un saldo de 18 jefes y oficiales y 250 efectivos muertos, 280 heridos y la pérdida de buena parte de la caballada, las armas y los pertrechos. Cuando el desconocimiento del terreno era tal que hacía ir prácticamente a ciegas a las fuerzas expedicionarias, ni siquiera hacía falta el combate para sellar una derrota. En el año de 1858, el gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Pastor Obligado, comisionó al coronel Emilio Mitre la organización de una expedición contra los ranqueles instalados en la zona de Leuvucó. Mitre reunió cerca de 2.000 hombres en el fortín de Médano de Acha y los dirigió hacia Witalabo (actual Italó), donde debían desviar para tomar la senda hacia la laguna Trenel o Recado. Para su desgracia, los baquianos equivocaron el camino e hicieron seguir de largo a la fuerza expedicionaria, que se vio obligada a errar por el espacio de un mes en una zona desértica. Al calor y a la sed se sumó rápidamente la escasez de ganado, de tal suerte que Mitre tuvo que abandonar sus piezas de artillería y ordenar un retorno a marchas forzadas por

las noches, sin poder evitar la desaparición de algunos soldados extraviados en el camino (Walther, 1980, pp. 295-306).

De cualquier manera, la experiencia de Rosas en su “expedición al desierto” no fue relegada al olvido. En la discusión que se abrió en la década de 1870 sobre la mejor manera de dar cumplimiento a la ley de 1867 que fijaba la frontera sur de la república sobre el Río Negro, el legado de Rosas en la “guerra de frontera” volvió a ser objeto de discusión. El Ministro de Guerra, Rodolfo Alsina, proponía el avance paulatino de la línea de frontera, guarnecida por una tupida red de fortines complementada por zanjas y terraplenes de defensa. Julio A. Roca, por entonces Comandante en Jefe de las Fronteras de Córdoba, San Luis y Mendoza, se convirtió en uno de los principales críticos de dicho plan: en su opinión, a la “muralla china” de Alsina había que oponer una ofensiva de gran calado que incluyera el despliegue concéntrico de cinco columnas actuando simultáneamente a lo largo y ancho de la Pampa. El modelo a seguir era obviamente el de la expedición al desierto de los años 1833 y 1834, y Roca no tuvo ningún problema en reconocer, en un intercambio epistolar con Alsina, su fuente de inspiración en Rosas: “A mi juicio, el mejor sistema de concluir con los indios, ya sea extinguiéndolos o arrollándolos al otro lado del Río Negro, es el de la guerra ofensiva, que es el mismo seguido por Rosas que casi concluyó con ellos” (Roca a Alsina, Río IV, octubre 19 de 1875. Citado en Olascoaga, 1974, p. 60).

La muerte de Alsina en 1877 y el nombramiento en la cartera de Guerra le permitieron a Roca poner su plan en práctica. Una primera fase, llevada a cabo en la segunda mitad de 1878, comprendió la organización de diferentes expediciones contra los caciques Namuncurá, Catriel, Pincén y Epumer Rosas, con un saldo de 4.000 indígenas prisioneros, cerca de 400 “indios de lanza” muertos, 150 cautivos

rescatados, alrededor de 15.000 cabezas de ganado tomadas y —no menos importante— el relevamiento topográfico de muchas zonas de las que se carecía información cartográfica fiable. En una segunda fase, entre abril y junio de 1879, cinco columnas entraron a operar concéntricamente al interior de la Pampa para aniquilar, rendir o desplazar a los reductos de resistencia indígena sobrevivientes de las operaciones del año precedente. El punto culminante lo constituyó en esta última fase la celebración del aniversario de la Revolución de Mayo a orillas del Río Negro en medio de salvas y proclamas patrióticas. Así lo registró Remigio Lupo, corresponsal del diario “La Pampa” agregado al Estado Mayor de Roca:

Está conseguido el propósito de saludar el gran aniversario de la Patria desde los márgenes de este río. Las salvas han atronado los aires y los vítores del ejército se han elevado hasta el trono de Dios, como dándole gracias por el beneficio de habernos permitido llegar hasta aquí con toda felicidad, para clavar el estandarte de la civilización, legando a la riqueza pública una extensísima zona que encierra en sus entrañas imponderables riquezas (Lupo, 1938, p. 116).

Muchos contemporáneos no dudaron en atribuir buena parte del éxito de Roca a la aplicación sistemática de los avances técnicos y disciplinares de la cartografía decimonónica en el combate contra los indígenas de la Pampa. Como quedó expresado en una de las pruebas de impresión del informe de la comisión científica que acompañó al ejército expedicionario, no bastaba con entender el desempeño de las fuerzas bajo su mando como el resultado necesario del aprovechamiento y la continuación de los esfuerzos militares precedentes. Si Roca había triunfado allí donde otros habían logrado, en el mejor

de los casos, ventajas temporales, era gracias a un nuevo principio de acción:

Sin embargo algo nuevo había de haber en las teorías recién aplicadas a la guerra fronteriza, pues sería difícil comprender de otro modo lo inesperado de los resultados. Una concepción militar, lo mismo que el árbol del Evangelio, debe juzgarse por sus frutos. Había algo nuevo en efecto en el plan del general Roca, y de ese conjunto de ideas, parcial y aisladamente aplicadas al acaso de las inspiraciones de cada jefe y de las variables fases de la guerra, había llegado a formar un sistema completo, eminentemente original y suyo. Se valió para coordinar y fecundar esos varios, conocidos, y hasta entonces estériles medios de acción, de un estudio cuya utilidad en la guerra no era tampoco un descubrimiento, y que desde algunos años sobre todo se ha vuelto el alma y el nervio de las grandes campañas europeas, pero que nunca se había aplicado a la guerra pampeana con tanta paciencia en las pesquisas y tanta perspicacia en las deducciones. Ese estudio, es el estudio topográfico del futuro teatro de las operaciones. El general Roca se ha inspirado en los modernos adelantos de la ciencia de la guerra, pues la guerra ha dejado de ser un arte sometido a los caprichos del instinto marcial y de la inspiración y obedece a las reglas fijas y al método severo de la ciencia experimental. Ha comprendido que la llave del asunto se encontraba en la configuración del terreno, y que, mientras no se hubiera arrancado a la misteriosa pampa sus últimos secretos, habría que prescindir de sistemas. Ha dedicado a ese estudio los largos ratos

desocupados que le dejaba la guardia que estaba montando en las fronteras de Cuyo. No se ha dejado desanimar por las oscuridades del problema, la incertidumbre de los datos, las contradicciones de los vaqueanos, ni tampoco, lo que es más meritorio todavía, por la radical diferencia que notaba entre las opiniones universalmente aceptadas sobre la guerra de indios y las consecuencias a que llevaban sus laboriosos y paulatinos descubrimientos... [AGN, Sala VII, Fondo General Julio Argentino Roca, legajo 1382].

El tono apologético del informe podría haber llevado a cualquier lector desprevenido a suponer que antes de la campaña de Roca toda expedición militar a la Pampa estaba condenada a andar a tientas, sin la posibilidad de hacerse a medios de orientación medianamente fiables. No hay que olvidar, sin embargo, que la “expedición al desierto” de Rosas ya había prefigurado el *modus operandi* que habría de darle a las fuerzas del estado argentino la primacía sobre los indígenas cuatro décadas más tarde. La preocupación de Rosas por los relevamientos topográficos y la corrección de la información cartográfica rindió sus frutos en la “conquista del desierto” de Roca, quien junto a la propia información recolectada empleó la carta geográfica de Chiclana, el agrimensor de Rosas, para planear las operaciones militares de los años 78 y 79. Cabe agregar además que el mismo Roca se vio en la necesidad de apelar constantemente a los expedientes más tradicionales de la “guerra de frontera”: no fueron pocos los descubrimientos felices y los dolores de cabeza debidos exclusivamente a los conocimientos de su baquiano de cabecera, Bonifacio Torres.

En cualquier caso, la utilización del saber cartográfico le reportó ventajas sustantivas, sobre todo en la medida en que pudo conju-

garlo con un aprovisionamiento confiable y con la utilización tanto del telégrafo como de una nutrida y fluida red de postas militares. El aprovisionamiento regular les permitía a los comandantes liberar, al menos parcialmente, las consideraciones estratégicas de los constreñimientos propios de la manutención de los hombres. Los movimientos de tropa no tenían que ser supeditados necesariamente a las necesidades del ganado de sustento que acompañaba a los diferentes cuerpos, o tener como referencia fundamental los puntos de acopio de alimentos y de aprovisionamiento a lo largo de los caminos conocidos. La telegrafía y el sistema de postas, por su parte, multiplicaban el poder de unidades bien apertrechadas al permitir su acción combinada y simultánea sobre diferentes puntos en una zona particular.

Es en este contexto que se puede entender por qué los contemporáneos de Roca insistieron en la ciencia topográfica como la clave del éxito militar: diferentes cuerpos bien aprovisionados y en comunicación casi permanente podían desplegar una acción coordinada sobre un espacio del que poseían unas referencias espaciales unificadas. Sin llegar a abandonar del todo los usos tradicionales de la “guerra de frontera”, la expedición de Roca dio el paso decisivo en el aprovechamiento pleno de las potenciales ventajas de una representación del espacio distinta a la que predominaba en la movilización militar caudillista de la primera mitad del siglo XIX. El propio Rosas, que había procurado sacar partido del saber cartográfico y topográfico de su época, no logró en último término sacar su empresa militar del molde “tradicional”. En la expedición de 1833/4, vista en su conjunto, la percepción del espacio en relación con el uso de la fuerza siguió ligada más estrechamente a sitios concretos, esto es, débilmente moldeada por abstracciones que permitieran representar el espacio dentro de un marco homogéneo. No hay que perder de vista que el

caudillo de la época no movilizaba su fuerza en función de una ocupación más o menos efectiva de un territorio claramente demarcado ni de la explotación de los recursos a lo largo y ancho de las zonas bajo su control. En esta medida sus conquistas no deben ser entendidas como la apropiación de nuevos espacios por parte de su base territorial; equivalían más bien al alineamiento de diferentes núcleos político-militares con el propósito de inclinar la balanza de poder a su favor. La organización de la violencia, por tanto, tendía a ser concebida como la irradiación de la fuerza desde un espacio concreto (una ciudad o un fuerte, por ejemplo) hacia otros igualmente concretos. La territorialización de la violencia organizada, pues, no desligaba el uso de la fuerza de la base de poder de los actores, para proyectarla en un segundo momento sobre un espacio abstracto; antes bien, se orientaba hacia la cooptación o la dominación de otros hitos espaciales concretos, en el propósito más o menos expreso de crear una red en capacidad de ampliar a su vez el radio de influencia del “núcleo” original.

La expedición de Roca representa en esa medida un cambio de gran envergadura en la representación del espacio que servía de base al uso de la violencia organizada. El énfasis en el saber cartográfico permitió a su comandante general un nivel de coordinación y de simultaneidad en el uso de la fuerza que hasta entonces había sido esquivo a los oficiales en servicio en la frontera indígena. Dados el acceso a una red telegráfica y de postas relativamente confiable por un lado, y el aprovisionamiento más o menos regular de las tropas por el otro, la distribución de las diferentes columnas sobre el espacio homogéneo construido por la cartografía le permitió a Roca contrarrestar la movilidad y el dominio del terreno de los indígenas pampeanos. El acento de la época sobre la cartografía obedecía no sólo a la conciencia de los vacíos en el conocimiento geográfico

que lastraban la conducción de operaciones militares, sino ante todo al reconocimiento del potencial de una herramienta cognitiva que prometía dar un giro definitivo al uso de la fuerza. En su *Estudio Topográfico de la Pampa y Río Negro*, el entonces teniente coronel Manuel J. Olascoaga, topógrafo de cabecera en la “conquista del desierto” de Roca, ensalzó –no sin algo de exageración– el “triunfo de la geografía” en las tierras del Sur:

Si desgraciadamente, trastornos políticos nos obligan a retirar temporalmente las guarniciones militares de la Pampa, y los indios aprovechasen, como es posible, la ocasión de volver a ocuparla ya no sería tampoco, como antes, un problema oscuro el medio de batirlos y desalojarlos; ni la guerra de persecuciones y escaramuzas duraría tres siglos, ni nuestros soldados irían a sufrir cuentas mortificaciones y cansar inútilmente caballos en el desierto, ni nuestros jefes irían a operar bajo la dirección de un *baqueano* de dudosa buena fe.

Hoy nuestras tropas marcharán en la Pampa con rumbo fijo, con todas las comodidades y ventajas que antes eran prerrogativas del indio. Propia prerrogativa de la inteligencia; porque hemos de convenir en que los indios sabían en la Pampa más geografía que nosotros.

Hoy están marcados todos los itinerarios con que se llega a todos los puntos del desierto: se conocen las aguadas, los campos de buena y mala calidad, las guaridas precisas de indios y traficantes cristianos, y puede determinarse el día y hora en que cada división caerá sobre una toldería (Olascoaga, 1974, p. 160).

Como jefe de la Oficina Topográfica Militar, Olascoaga puede no ser la fuente más

imparcial para evaluar la importancia de los relevamientos topográficos en el éxito de la expedición de Roca, pero lo cierto es que la pericia cartográfica contribuyó decisivamente a modificar el balance de fuerzas a favor del aparato militar del estado argentino. La expedición de los años 78 y 79 constituyó en este sentido un punto de inflexión en el conflicto centenario por el control de los recursos de la Pampa y la Patagonia y en torno a la independencia política de las tribus que la habitaban. A diferencia de Rosas, quien murió en 1877 sin ver la ocupación definitiva de los territorios pampeanos y patagónicos por parte del estado argentino, Roca solo tuvo que esperar unos cuantos años para enterarse del sometimiento de los últimos reductos de resistencia indígena al sur del Río Negro. Tras forzar la rendición del cacique Sayhueque a comienzos de 1885, el general Lorenzo Vintter, gobernador del recién creado Territorio Nacional de Río Negro, pudo enviarle a Joaquín Viejobueno, Jefe del Estado Mayor General del Ejército con sede en Buenos Aires, el parte de victoria definitivo en carta fechada en Viedma el 20 de febrero de 1885: “Ha concluido para siempre en esta parte la guerra secular que contra el indio tuvo su principio en las inmediaciones de esa Capital el año de 1535” (Vintter a Viejobueno, Viedma, febrero 20 de 1885. Citado en Walther, 1980, p. 561).

## Conclusión

Más de un historiador puede objetar la presentación de Rosas como ejemplo del modo de proceder del caudillo, al considerar que el “Restaurador de las Leyes” se valió de las estructuras institucionales de la Provincia de Buenos Aires de una manera que trascendía en mucho el personalismo, la desinstitucionalización y el clientelismo rural que con justicia podrían ser endilgados por ejemplo a un Felipe Ibarra, un caso argentino prototípico,

famoso por dictar justicia “en paños menores” recostado en su hamaca (Myers, 1999, pp. 318-320). Quienes por el contrario insisten en caracterizar a Rosas como el caudillo por antonomasia del siglo XIX, suelen reconocer de todos modos rasgos excepcionales en él y no en vano apelan a calificativos como “caudillo supremo” a la hora de definirlo (Lynch, 1992, p. 91).

La discusión sobre la naturaleza caudillista de Rosas desborda el marco de este artículo, pero cabe reconocer que en el caso concreto de la “expedición al desierto” se trató de una campaña militar de carácter híbrido, que combinó los medios de movilización caudillista con los instrumentos institucionales a disposición del estado provincial de la época. En cualquier caso, la excepcionalidad de la expedición de Rosas revela en sí misma las limitaciones que pesaban sobre el uso más tradicional de la fuerza en un contexto en el que no era posible contar con núcleos de apoyo en la zona de operaciones. El dominio —al menos parcial— del territorio y de los corredores de comunicación por parte de tribus políticamente independientes, la tenue colonización “cristiana” con una población en los márgenes de la frontera que no era fácilmente movilizable, lo mismo que una compleja relación —llena de tensiones y controversias— con los “indios amigos”, dificultaban enormemente el despliegue de la fuerza de forma convencional. No había manera de apelar a una red tupida de hitos espaciales, ya fueran ciudades, pueblos, haciendas, “tolderías amigas” o fortines, para que a la manera de estribos permitieran estructurar la violencia organizada. Cabe recordarlo: los ingentes esfuerzos organizativos y logísticos en que incurrió Rosas, así como el recurso al saber cartográfico de su época, buscaban liberar el uso de la fuerza de sus restricciones espaciales más inmediatas.

El carácter híbrido de la expedición no puede ser atribuido en ningún caso a objeciones de

fondo de su organizador frente a procedimientos más propiamente caudillistas: unos años antes, en 1829, no había vacilado un segundo en movilizar sus redes de clientela contra el gobierno unitario de Buenos Aires a través de las ciudades, los pueblos y los caseríos que se “pronunciaron” a su favor. Las fuerzas que obligaron a Lavalle a dimitir como gobernador provincial no constituían en ningún caso una estructura análoga al ejército unitario de veteranos que estaban combatiendo. Los hombres que como soldados rasos llevaron a Rosas a la gobernación eran en su gran mayoría gauchos, “indios amigos”, peones, colonos o trabajadores urbanos movilizados a través de diferentes estructuras milicianas: “montoneros” sin un aprovisionamiento centralizado o una estrategia coordinada por una línea de mando claramente jerarquizada (Lynch 1981, pp. 36-42).

Pero si los medios excepcionales empleados por Rosas en su expedición no pueden ser explicados como fruto de presuntas reservas frente a los usos caudillistas, la imposibilidad de llevar a último término su plan tampoco puede ser atribuida exclusivamente a elementos ajenos a lo militar propiamente dicho. Incluso si el respaldo político o la organización de intendencia llegaron a ser concebidos como factores externos al uso de la fuerza en sí, la realización parcial de las metas de la expedición al desierto de la década de 1830 no es explicada suficientemente por variables “exógenas”. La volatilidad política, el resquebrajamiento de la coalición prevista por Rosas, la precariedad relativa de los medios de comunicación o las enormes dificultades en el aprovisionamiento conspiraron sin duda contra el cumplimiento del plan trazado originalmente. No obstante, antes de que estas dificultades se hicieran manifiestas, la aplicación cabal del modelo de Rosas ya hacía agua: la imposibilidad de convencer a todos los altos mandos de la expedición de las bondades de la lógica cartográfica le privó

de la herramienta que podía contrarrestar el conocimiento privilegiado del terreno y la movilidad de los indígenas pampeanos.

En lo que a las transformaciones de la lógica espacial atañe, las cerca de cuatro décadas que separaron la “expedición” de Rosas de la “conquista” de Roca no pueden ser entendidas como un mero período de aprendizaje, si con ello se hace referencia a un simple proceso de acopio de información topográfica que finalmente le habría permitido al estado argentino inclinar la balanza a su favor. Es necesario recalcar aquí el carácter constructivo de la cognición del espacio: la campaña militar de 1878-79 no se caracterizó llanamente por una mayor cantidad de observaciones geográficas almacenadas; lo que la distinguió fue el grado de abstracción en la representación del espacio que supo integrar al uso organizado de la fuerza. No es simplemente un mayor volumen de información el que marcó una diferencia en la estrategia diseñada por Roca: su incorporación más sistemática en una cuadrícula cartográfica le permitió a su Estado Mayor contar con un marco de representación espacial homogéneo, que a su vez sirvió de base al planeamiento de movimientos coordinados y simultáneos.

El énfasis en la cognición del espacio es en sí misma insuficiente si no se integra a un análisis institucional y social en la más amplia de las acepciones, pues se corre el riesgo de subrayar excesivamente la esfera psicogenética en menoscabo de otras dimensiones del cambio social. En el marco de este artículo no ha sido posible profundizar como hubiera sido deseable en las relaciones de poder que se fueron articulando en la frontera pampeana a lo largo del siglo XIX, pero es de esperar que el análisis aquí expuesto permita entender mejor las posibilidades abiertas y las restricciones impuestas por las estructuras cognitivas a la acción individual y colectiva. La profusión de caudillos en la primera mitad del siglo XIX, así como la fragmentación

espacial que siguió a las guerras de independencia, quizás puedan ser entendidas bajo una nueva luz si se tiene en cuenta el tipo de territorialización de la violencia organizada que subyacía a las estrategias caudillistas, lo mismo que su interacción con el patrón de poblamiento heredado de la colonia (un modelo que combinaba el uso privado de la violencia con la extensión de la jurisdicción estatal) y con las dinámicas socioeconómicas generadas por la ampliación de la frontera agrícola desde mediados del siglo XVIII. En cualquier caso, la noción de un espacio abstracto y homogéneo, aquella que cualquier atlas de historia emplea para explicar los movimientos de un caudillo hispanoamericano de la primera mitad del siglo XIX en campaña, habla más de nuestra propia comprensión que de la representación del espacio que servía de base a la lógica político-militar de épocas pasadas.

## Referencias

- Bakewell, P. (1997). *A history of Latin-America: Empires and Sequels, 1450-1930*. Malden, MA/ Oxford: Blackwell.
- Downs, R.M. (1985). The representation of space: its development in children and in cartography. En Cohen, R. (Ed.). *The Development of Spatial Cognition*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Dux, G. (1990). *Die Logik der Weltbilder: Sinnstrukturen im Wandel der Geschichte*. Francfort/M.: Suhrkamp.
- Dux, G. (2000). *Historisch-genetische Theorie der Kultur*. Weilerswist: Velbrück.
- Hallpike, C. (1979). *The Foundations of Primitive Thought*. Oxford: Oxford University Press.

- Halperín Donghi, T. (1999). Estudio preliminar. En Lafforgue, J. (Ed.). *Historias de caudillos argentinos*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Hamill, H.M. (1992). *Caudillos: Dictators in Spanish America*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Kapadia, R. (1974). A Critical Examination of Piaget-Inhelder's view on Topology. *Educational Studies in Mathematics*.
- Kern, S. (1983). *The Culture of Time and Space 1880-1918*. Londres: Weidenfeld and Nicholson.
- Lupo, R. (1938). *Conquista del desierto (crónicas enviadas desde el Cuartel General de la expedición de 1879)*. Buenos Aires: Comisión Nacional Monumento al Teniente General Don Julio A. Roca.
- Lynch, J. (1981). *Argentine Dictator: Juan Manuel de Rosas 1829-1852*. Oxford: Clarendon Press.
- Lynch, J. (1992). *Caudillos in Spanish America, 1800-1850*. Oxford: Clarendon Press.
- Mandler, J.M. (1988). The Development of Spatial Cognition: on Topological and Euclidean Representation. En Stiles-Davis, J., Kritchevsky, M. & Bellugi, U. (Eds.). *Spatial cognition: brain bases and development*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Myers, J. (1999). Rosas (1793-1877). En Lafforgue, J. (Ed.). *Historias de caudillos argentinos*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Oesterdiekhoff, G. W. (2000). *Zivilisation und Strukturgenese. Norbert Elias und Jean Piaget im Vergleich*. Francfort/M: Suhrkamp.
- Oesterdiekhoff, G. W. (2004). Kulturelle Faktoren Sozialen Wandels. En Jäger, F. & Rüsen, J. (Eds.). *Handbuch der Kulturwissenschaften, vol. 3*. Stuttgart: J. B. Metzler.
- Olascoaga, M. J. (1974). *Estudio topográfico de la Pampa y Río Negro*. Buenos Aires: Eudeba.
- Piaget J. & Inhelder, B. (1956). *The child's conception of space*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Rosas, J. M. (1965). *Diario de la expedición al desierto (1833-1834)*. Buenos Aires: Ediciones Pampa y Cielo.
- Tomasello, M. (1999). *The cultural origins of human cognition*. Cambridge, MA/ Londres: Harvard University Press.
- Walther, J. C. (1980). *La conquista del desierto. Síntesis histórica de los principales sucesos ocurridos y operaciones militares realizadas en la Pampa y Patagonia contra los indios (años 1527-1885)*. Buenos Aires: Eudeba.